

PARTE 1ª

“Asturias 1965”

El carbón, las minas, el paisaje verde y “les putes vaques”. En mil novecientos sesenta y cinco esa era una de las zonas donde más se contestaban las decisiones del caudillo. Los dramas en las minas, la pureza de la gente, el mar, la montaña, la forma de comer hacían de esa tierra un destino para aquellas personas que querían disfrutar del paisaje y la buena comida.

En la casona familiar de unos terratenientes de Somiedo, un pueblecito cercano a Gijón, aquel día, todo eran carreras. La mujer del terrateniente había salido de cuentas y él bebe estaba a punto de nacer. Era el primogénito y todo el pueblo estaba pendiente de su nacimiento.

Don Álvaro era un joven de éxito. Unía la propiedad de un par de minas de carbón, las tierras familiares heredadas por ser el primogénito del dueño y la carrera de medicina. Ejercía en una consulta que tenía en Gijón. Solo tenía un hermano que cinco meses después en una visita a la mina fallecería como consecuencia de un derrumbe.

Catalina era hija única. Era el centro del universo de su familia. Sus padres eran gente que trabajaba en la dirección del muelle. Había tenido seis hermanos, pero todos habían fallecido antes de cumplir los tres años. Después de la guerra habían sido una de las familias más poderosas de Gijón.

Al comienzo del noviazgo este supuso una guerra entre ambas familias porque la de Don Álvaro no era de las que más comulgaban con el régimen y eso al padre de Catalina no le gusto ni una pizca.

El día había sido muy lluvioso y Catalina sentía que iba a morir. Las mujeres del pueblo se acercaron para ver en que podían ayudar. Don Álvaro era una persona que generaba sentimientos opuestos a partes iguales. En general le apreciaban, pero la gente

de la mina no confiaba mucho en el patrón. Demasiado beneficio para uno y poco reparto para el resto.

Pero ese día era especial; El hombre del pueblo, él que con sus inversiones mantenía gran parte de la economía, aquel gracias a quien se estaban arreglando las calles. Él, que por un lado era patrón pero que si a un vecino le dolía algo acudía a curarlo, iba a tener su primer hijo. Todos esperaban un varón. El pueblo entero estaba preparado para el acontecimiento.

Las matronas estaban listas y el propio Don Álvaro pensaba ayudar en el parto. Quien mejor que él. Los primeros dolores habían llegado con el sol. Las contracciones eran fuertes, pero no tenían la frecuencia suficiente. Los dolores eran agudos y Catalina no era una mujer preparada para eso.

A las ocho de la tarde, estaba agotada. La matrona la miró y supo que ya estaba lista. Todo se complicó; él bebe venia de nalgas y el parto iba a ser difícil. Don Álvaro tuvo que salir de la habitación porque estorbaba más que ayudaba. La casa se llenó de gritos de dolor cortados por minutos de silencio. La lucha en la habitación por la vida continuo hasta las once y veinticinco de la noche.

La tormenta había arreciado según pasaba el día, la gente, que iba y venía de la casona con noticias de cómo iba todo, llegaba empapada. Los relámpagos dieron el aviso de que por fin se estaba acabando el espectáculo. Un llanto agudo surgió de la planta de arriba. Era él bebe.

Por suerte para Catalina, Don Álvaro estaba allí. Durante hora y media no pudo ver al bebe porque su mujer se iba en sangre. Estaba muy débil y le costó parar la hemorragia. Pero al final lo consiguió. Un buen descanso haría el resto del trabajo. Revisó que toda la placenta estuviese fuera para evitar infecciones. Muchas mujeres fallecían por ese motivo en esa época. La buena alimentación y los cuidados harían el resto.

Se lavó bien y fue a ver a su vástago. La ama de pecho lo tenía cogido entre sus brazos. El enorme pecho estaba descubierto

y él bebe, aunque aún no lo cogía, se acomodaba en él. Se sintió raro porque viendo esos enormes pechos sintió una erección inmediata. Las ganas de tener sexo debían de estar provocadas por los meses de abstinencia y los nervios pasados.

No se ruborizó, sentía la sangre hirviéndole y el deseo superándole. Los pezones como botones, las areolas oscuras y grandes hicieron que por unos instantes se olvidase de que su bebe estaba allí. Aquella imagen le acompañaría aquella noche mientras se tocaba bajo las sábanas.

Él bebe lloro y eso le hizo regresar a la normalidad. Mientras se aproximaba para coger en brazos a su hijo, pudo percibir que la mujer había sentido la mirada y que le había gustado. Pero el instante ya había pasado. El centro de su universo estaba ya entre sus brazos. Nadie había hablado del sexo, pero todo como consecuencia del miedo de que a Catalina la pasase algo.

La miró y lo supo desde el primer momento. No lo dudó ni un segundo. Era una niña. Se le vino a la cabeza que todos esperaban un varón. Pero él era el hombre más feliz del mundo. Comprobó que estaba entera y que el aspecto era sano. La besó y la volvió a besar. Era su princesa. Se quedó como tonto de la felicidad. Subió corriendo a la habitación de Catalina y suavemente se situó a su lado y besó sus labios. Al oído le susurro

— Es una niña. Preciosa y sana. Gracias Catalina, me has hecho el hombre más feliz.

Una lagrima de felicidad rodó por la mejilla de Catalina y una especie de sonrisa se le dibujó en la cara. Se volvió a quedar dormida por el agotamiento.

Asturias 1971

La cuenca minera, en tiempos de Franco, era un bastión de la lucha de las clases obreras contra el poder establecido por los vencedores de la guerra civil. “Santa Barbará bendita” era una canción prohibida que, en muchos llagares, se oía en reuniones clandestinas tras beber unos buenos *culines* de sidra.

La posición de Don Álvaro no era la más cómoda del mundo. Como propietario, de una de las explotaciones de carbón más grandes, tenía que defender los beneficios de los propietarios, mientras que como médico su prestigio había ido creciendo y era muy querido en toda la zona. Desde su consulta atendía a personas de Gijón, Oviedo y casi todos los pueblos de alrededor. Catalina, su esposa, vivía en un mundo aparte. Compaginaba perfectamente su actividad social con su papel de madre y de compañera de Don Álvaro.

Aquellos seis años habían pasado para la niña como un suspiro. Siempre era feliz. No le faltaba un juguete y su cumpleaños era la fiesta más grande que se celebraba en el pueblo. Todos los niños subían a la casona de Don Álvaro por la mañana y hasta bien entrada la tarde la fiesta continuaba. Organizaban todo tipo de juegos y no había un niño que se quedase sin su premio.

La relación con la familia era buena, pero sus tíos eran todos muy mayores, salvo el tío Carlos que solo era diez años mayor que su padre. La pequeña pasaba muchas horas con Juana que era la mujer de su tío. La casa de estos estaba situada justo donde acababan las tierras de su padre y el tío Carlos era quien se ocupaba de estas y de los animales. La venta de productos de la tierra, incluida la carne y la leche de las vacas era otro negocio más de la familia.

Su madre, a los tres años de nacer ella se había quedado embarazada de nuevo pero un desgraciado accidente, se cayó por las escaleras de su casa, le hizo perder el hijo. Lo peor de todo era que según los especialistas todo lo ocurrido la había hecho perder su capacidad de volver a engendrar. Eso a don Álvaro no le importo salvo por el hecho de que su hija se iba a sentir muy sola sin un hermanito en aquella casona tan grande. Él lo sabía bien porque tenía esa sensación desde que murió su hermano.

Estaba destinada a ser una niña a la que todo le sonreiría. Su padre dejaba que la sociedad creyese que la estaba educando según los valores imperantes en la época, pero luego en la

intimidad la estaba enseñando a no ser una niña mimada. Quería que sus valores fuesen el amor por las cosas y las personas; que fuese autosuficiente. Tenía grandes planes para ella. Pensaba mandarla a estudiar a Madrid y al extranjero para que fuese ella la que eligiese que haría con su vida.

Pero solo tenía seis años y era mejor enseñarla jugando. No sentía miedo y le gustaba trastear con los niños del pueblo. Salía con las vacas y ayudaba a su tío en muchas de las labores del campo.

No entendía que pasaba; ¿por qué lloraban todos? ¿Dónde estaban Papa y Mama? Tía Juana no se separaba de ella. La habían sacado de clase y no sabía por qué. Además, todo el mundo estaba llorando. Que poco sabía que su vida acababa de cambiar solo cuatro horas antes.

Su padre iba en su vehículo disfrutando del camino con su madre a la que llevaba a pasar un día en Oviedo. Allí harían compras y luego tenían una comida. Por la tarde irían al cine y luego a un baile que hacía mucho que su mujer tenía ganas. Era su aniversario de bodas. El camionero que conducía aquel camión, que volvía de la capital, llevaba muchas horas sin dormir y se quedó transpuesto por unos segundos. Don Álvaro no le vio salir de la curva en su dirección. Pegó un volantazo para evitar el choque frontal, pero ni todos los ángeles de la guarda lo habrían evitado.

El morro del camión arrasó la parte superior del vehículo. No tuvieron tiempo de decirse adiós. Fue rápido y sin dolor. La única voz humana que hubo en ese choque fue la de Catalina. Entre el estruendo del golpe su voz grito. "Mi niña, Dios". Justo antes que el camión destrozase sus cuerpos.

Algo marchaba rematadamente mal. Ella no entendía que hacía en casa de sus tíos. Su tío Carlos andaba cabizbajo. Ella no sabía que había sido el encargado de reconocer los cadáveres y estaba destrozado. Nadie conseguía que hablase. Había sido duro

ver a su sobrino en una mesa del depósito, destrozado, con algunas partes de su cuerpo separadas del resto. Como si ese cuerpo fuese un puzle macabro. O esa mujer, hermosa, alegre, vital horas antes; silenciosa, con los ojos abiertos mirando hacia el vacío cuando él la vio. ¡Horroroso!

La tía Juana no se separaba de ella. Pero no era capaz de decirle que sus padres habían muerto, que no vendrían más. Para la huérfana su relación con la muerte era nula. Para ella era un concepto abstracto, como un personaje de los cuentos. En la soledad de la noche se despertaba llamando a sus padres y en esos momentos se sentía muy desgraciada. Pensaba que la habían abandonado, que ya no la querían y era un estorbo.

Cada vez que alguien se decidía por fin a decirle a la niña lo ocurrido con sus padres, esta parecía tener un sexto sentido y sufría un ataque de histeria que desarmaba todas las buenas intenciones de sus familiares. Si estaba tan hundida, pensando que se habían ido, qué pasaría si le contaban que se habían muerto. Lo que no podían saber era que se moría de pena pensando que sus padres ya no la querían.

Ocurrió lo que tenía que ocurrir y de la peor forma que podía pasar. Aquella noche, siete días después del accidente, su tía se había echado a su lado, calmando su necesidad de protección. Juana estaba agotada y se quedó dormida. Por unos minutos, la pequeña se sintió muy protegida por el abrazo de su tía, pero sus miedos podían más que ella. Oyó voces en la planta de abajo y decidió bajar. Allí había luz y estaban el resto de sus tíos. ¿Dónde estarían papa y mama?, se preguntaba.

Tío Abel que era el mayor de todos estaba discutiendo con tío Carlos. Algo hizo que la niña se quedase sentada en los peldaños superiores de la escalera, desde donde podía verlos y oírlos sin ser vista.

— Carlos ¡es un error! —. El tono de voz no era de enfado, pero sí de preocupación.

— ¡Díselo tú, Abel! ¡Corre! Sube a decirle que sus padres han muerto. Que no los va a ver más— la frase sonó en sus oídos como un puñetazo.

— Ya está bien— intervino María, única fémina de los hermanos—, Es cierto que tenemos que decírselo. Pero yo soy la primera que no sé cómo. Tan pequeña.

— Da lo mismo. Tiene que saber que sus padres no van a volver. Yo no digo que necesite saber hoy que los arrollo un camión, pero es necesario que empiece a llorar para que pueda dejar todo esto atrás. Precisamente su edad hace que pueda superarlo— Abel era enérgico en su discurso.

No podía escuchar nada más. Su cerebro se había fracturado al entender que las personas de las que estaban hablando eran de ella y de sus padres. El dolor y la pena comenzaron a invadirla como si fuesen un ejército que arrasaba todo resto de alegría en su interior.

No pudo resistir el impulso, bajo las escaleras y salió corriendo. Abrió la puerta de golpe y salió al exterior en dirección a su casa. Comenzó a llamar a sus padres. Sus tíos estaban mayores y la reacción no fue rápida. Carlos fue el primero que salió detrás. Tropezó y cayó. La hierba estaba mojada y el camisón se la empapó. Trato de levantarse y ya los tenía encima. Lucho con sus pocas fuerzas, mientras llamaba a sus padres. El tío Abel la tenía cogida en brazos y las lágrimas rodaban por sus mejillas mezclándose con las de la niña. Las manos de María trataban de calmar con caricias el dolor de la pequeña.

Tía Juana se había despertado con el alboroto y llegaba corriendo. Al verla, la niña se lanzó a sus brazos. Una vez entre ellos, pareció calmarse un poco. Pero las lágrimas no dejaban de caer. Dos horas después estaba en la cama vencida por el cansancio, el dolor y la ausencia. Desde el quicio de la puerta María la miraba sintiendo pena por su sobrina.

— Que injusta es la vida princesa. Un segundo y el todo se convierte en nada. Pero tú no te preocupes, mi amor. No te va a

faltar cariño. No vamos a dejar que esta desgracia cambie tu vida—susurro su tía sin saber lo equivocadas que serían esas palabras años después. Aquel accidente lo cambio todo.

Había dejado de ser la princesa de la casa. Por mucho que sus tíos la quisieran, nada era lo mismo. Un mes después del accidente se había abierto el testamento y la heredera universal era ella. Hasta su mayoría de edad su tío Carlos y la tía Juana serían los tutores

Desde el primer día, todos se volcaron con ella y trataron de hacerla la vida lo más fácil posible. El tío Carlos para evitar conflictos con sus hermanos ya lo tenía todo organizado para que sacasen tajada sin perjudicar a la niña. Sus dos hijos tomaron las riendas de la mina y fue en ese momento cuando los mineros se dieron cuenta de lo buen jefe que había sido Don Álvaro. Ellos eran como los demás, patronos centrados en su beneficio olvidándose que el valor humano era lo que hacia esa explotación una de las más rentables de Europa. El tío Carlos supervisó este proceso con mano de hierro. No quería dejar ningún cabo sin atar. Tenían doce años para que las cosas cambiaran. No contaba con el cambio de régimen.

Tía Juana fue como una madre para ella, la quería con locura. A pesar de este amor se volvió una niña melancólica y con el paso de los días se fue cerrando más y más, perdiendo la perpetua sonrisa que adornaba su cara. Ahora, además del tiempo que ya pasaban juntas antes del accidente, tenía que ser ella la que se preocupase de educarla y compartiese con ella esos momentos que formarían el carácter de la pequeña. Pero Juana ya tenía una edad que no le permitía seguir el ritmo de una niña de seis años y eso la estaba minando por dentro. Muy a su pesar tenía que encontrar una solución para disponer de unas horas al día para descansar.

Cerraron la casa de los padres y no le dejaban ir allí. Pero lo peor fue el día de su séptimo cumpleaños que por primera vez desde su nacimiento no fue el acontecimiento que solía. Pese al luto, le prepararon una fiesta por todo lo alto. Tío Carlos no tenía la

paciencia que tenía su padre con sus caprichos y tía Juana no tenía el carisma de su madre, ni la imaginación para las sorpresas.

Muchos de los que acudían raudos a la llamada de Don Álvaro ni se dignaron acudir cuando sus tíos intentaron montar la fiesta. No había más de seis niños y la mayor parte de los presentes eran adultos. Fue muy triste y se habló más de los padres que de la niña. Eran siete años, pero la tristeza de su mirada la cargaba de milenios de oscuridad.

No sabía cuál era el motivo, pero la salud de su tía provocó que esta no pudiese hacerse cargo de ella y tuvo que pasar más tiempo con el tío Carlos. El colegio no era problema. Era una alumna privilegiada y sacaba unas notas excelentes. No necesitaba demasiado tiempo para hacer los deberes. Así fue como comenzó a ayudar a su tío con el ganado y el campo.

Eran los momentos más felices del día. Tenía un don natural con los animales. Juana al liberarse se recuperó un poco y la casa comenzó a respirar una felicidad contenida. Pero aquel accidente había marcado la vida de esas personas para siempre. Poco a poco fue volviendo a ser una niña alegre pero nunca fue como antes.

El resto de la familia también acudía a visitar a la niña, pero lo cierto era que se podían haber quedado en sus casas porque solo la perjudicaban. Ella no necesitaba compasión, necesitaba una familia y los primos de sus padres podían haber ayudado más si hubiesen pensado un poco más en que era su prima y menos en sacar tajada de las minas.